

BRIAN SELZNICK

MARAVILLAS



B R I A N S

MAR

TRADUCCIÓN DE ANA H. DE DEZA

E L Z N I C K

AVILLAS

*Una novela contada
con dibujos y palabras*

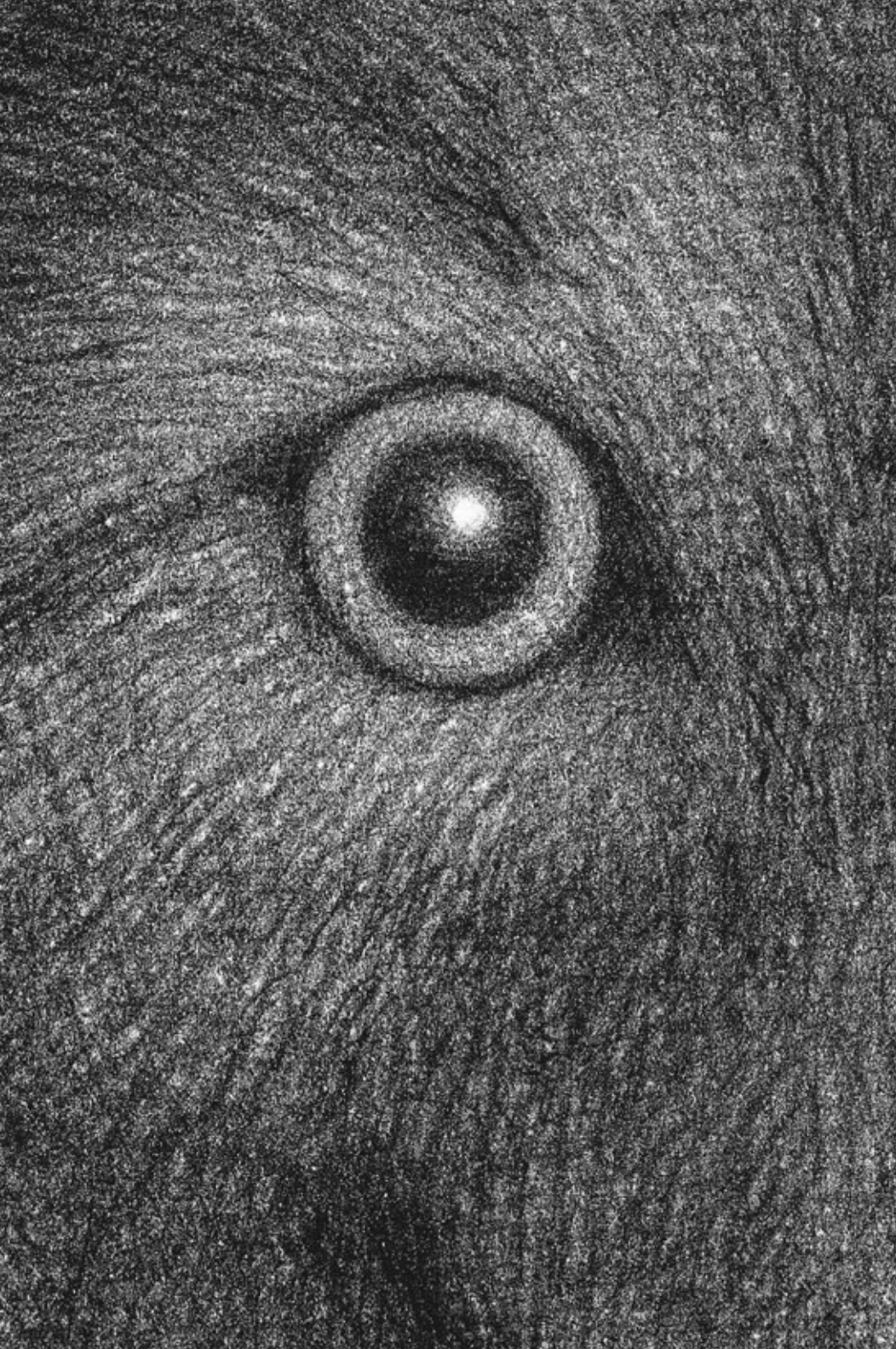




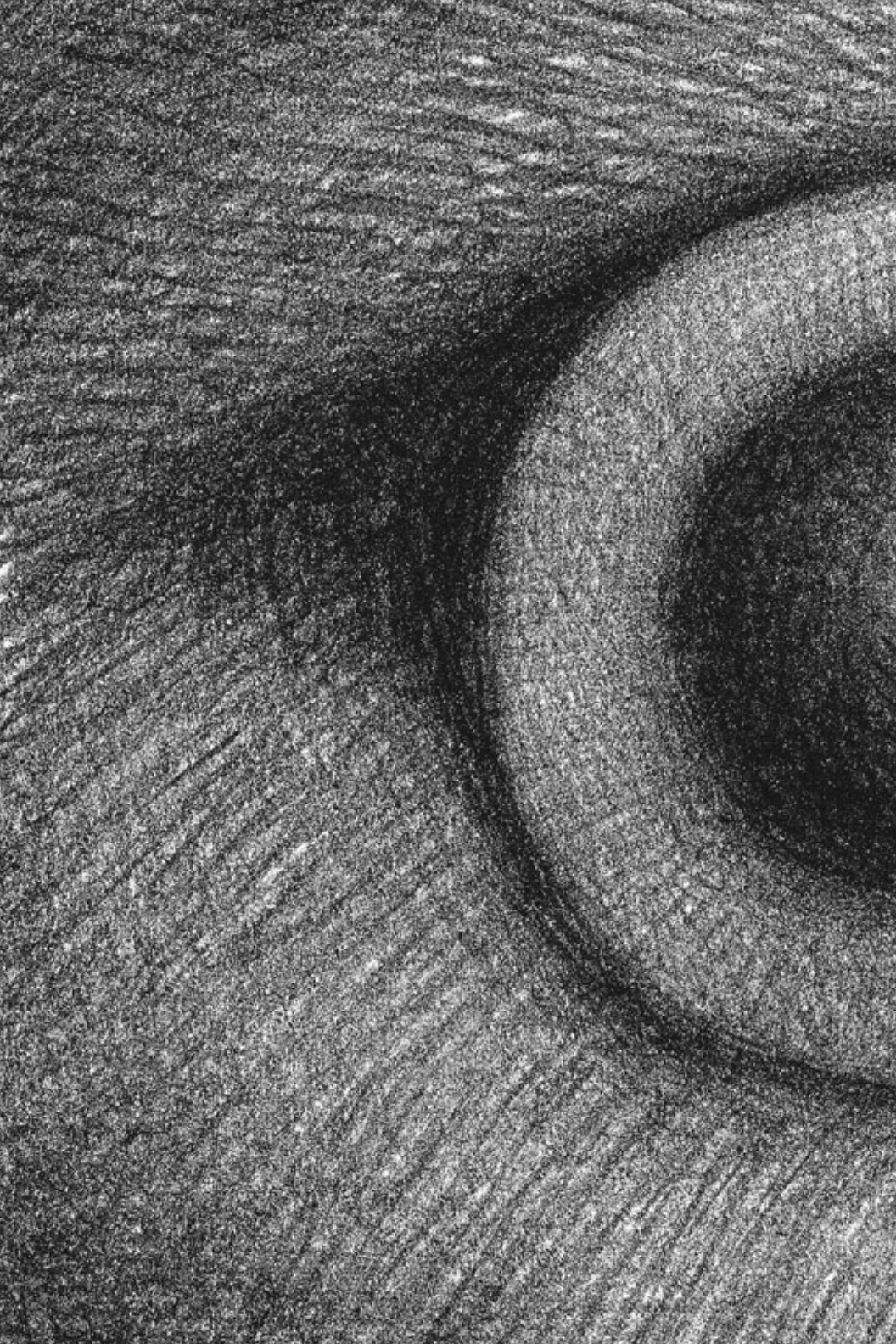


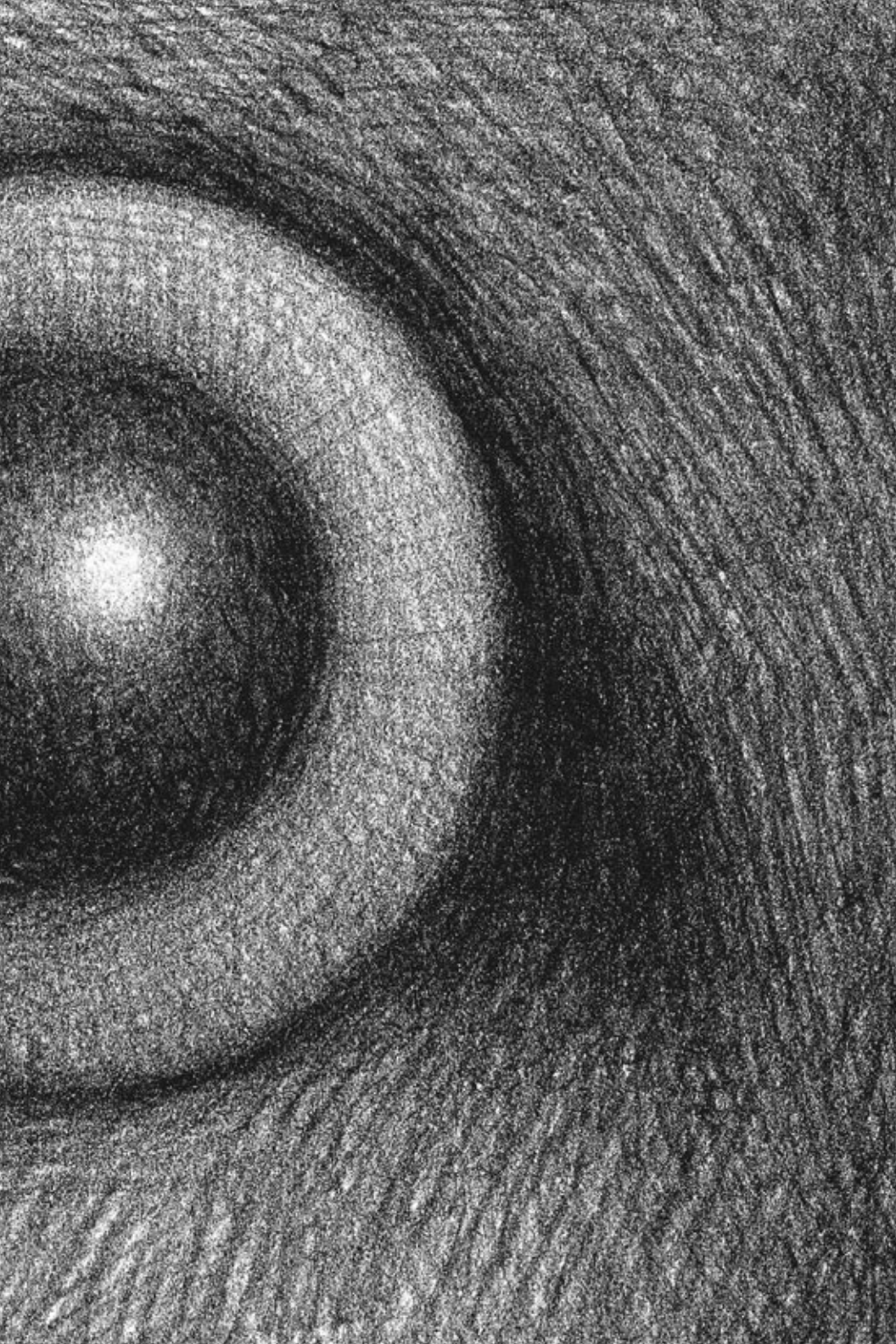


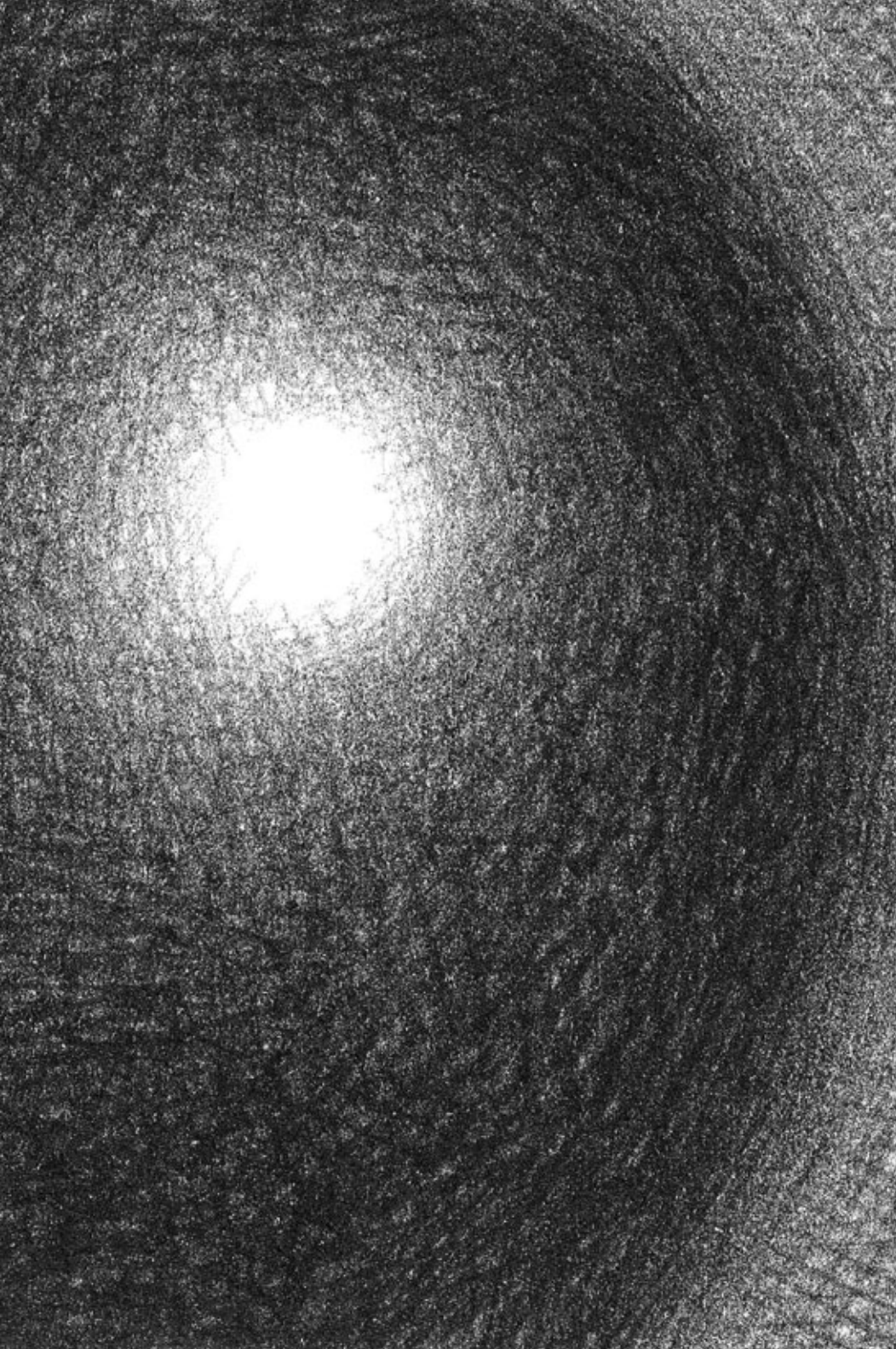












GUNFLINT LAK

JUNIO D

E, MINNESOTA

E 1977

PRIMERA PARTE

Ben Wilson abrió los ojos al sentir un golpe. Los lobos habían estado persiguiéndole otra vez, y el corazón le latía con fuerza. Se incorporó en la oscuridad de la habitación frotándose el brazo, agarró el zapato que le había lanzado su primo y lo dejó caer al suelo.

—¡Robby, me has hecho daño!

Su primo murmuró algo.

—¿Qué dices? —preguntó Ben.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿No me oyes? ¿Es que estás sordo? —Robby, como casi todos los habitantes de Gunflint Lake, sabía que Ben había nacido sordo de un oído, pero le parecía gracioso preguntárselo una y otra vez, incluso en mitad de la noche—. ¡He dicho que dejes de gritar en sueños!

En la esquina de la habitación, el rifle de caza de Robby brillaba a la luz de la luna. Cerca se amontonaban una caña de pescar, una navaja, un arco con sus flechas, varios arpones caseros y hondas de diferentes tamaños. Robby tenía tendencia a coleccionar objetos, casi todos peligrosos.

Ben se recostó en su vieja cama, que estaba encajada entre la ventana y la cómoda. El ventilador se había roto y los dos chicos estaban sin camiseta, sudorosos por el calor del verano. Habían retirado las sábanas, pero aun así tenían el pelo pegado a la frente. A Ben todavía le temblaban las manos por la pesadilla. Había empezado a soñar con lobos tras el accidente: aparecían al galope sobre la nieve iluminada por la luna, mostrando sus lenguas rojas y sus colmillos brillantes. No entendía por qué le perseguían; siempre le habían gustado los lobos. Una vez, su madre y él habían visto uno desde el porche de su casa. Era bello y misterioso, como salido de un cuento de hadas.

En el exterior, el viento comenzó a silbar entre las hojas de los árboles. La estación de radioaficionado de Robby emitía un rumor confuso; Robby se empeñaba en dejarla encendida toda la noche. A Ben no le molestaba demasiado. Estar sordo de un oído tenía sus ventajas: si pegaba el oído bueno a la almohada, podía bloquear todos los ruidos molestos. En el colegio usaba el mismo truco: cuando no quería escuchar al profesor o a sus compañeros, apoyaba la oreja en la mano y se ponía a leer algún libro de astronomía de los que ocultaba en la cajonera.

–Estoy harto de compartir mi habitación contigo... –masculló Robby antes de quedarse dormido.

Ben asintió sin decir nada.

Un ruido familiar le llamó la atención y pegó el oído bueno a la pared.

–Ya han pasado tres meses desde que murió, Jenny. Deberíamos pensar en venderla...

Ben suspiró: sus tíos estaban hablando otra vez de su casa.

–Elaine adoraba esa casa, Steve –replicó la tía Jenny–. Mi abuelo la construyó al mismo tiempo que esta, y luego hizo la cabaña de invitados; no podemos vender así como así algo que forma parte de la historia familiar. ¿Y si lo dejamos de momento?

Ben imaginó a su tía ajustándose la goma de la coleta mientras hablaba, el mismo tic que tenía Janet, la hermana mayor de Robby. Su madre también lo hacía cuando tenía algo importante que decir.

–Habrá que venderla tarde o temprano –protestó Steve–. No se puede quedar vacía eternamente; nos han surgido muchos gastos, y ahora también está Ben.

–Tienes reservada toda la temporada con grupos de caza y pesca, y yo cocino en el hotel Gunflint. Todo irá bien.

–Sí, pero el dinero no nos alcanzará para todo el año.

–El verano acaba de empezar, Steve. ¿Por qué preocuparnos ahora de esto?

Se hizo un largo silencio.

Cuando era pequeño, Ben nunca se había planteado a quién pertenecía su casa. Su madre y él habían vivido siempre en ella, pero ahora parecía ser de sus tíos. ¿Por qué no seguía siendo de él? ¿Es que un niño no podía poseer una casa?

Después del funeral, en marzo, Ben había pensado que podría volver a su casa cuando le apeteciera, ya que solo estaba a ochenta y tres pasos de la de sus tíos. Pero cuanto más tiempo pasaba, más miedo le daba abrir la puerta principal y no encontrar a su madre al otro lado para recibirlo.

No había demasiadas casas junto al lago, y las demás se encontraban a bastante distancia. Ben echaba de menos el agradable desorden de su hogar: las mesas bajas, las sillas desparejadas, los viejos relojes, las citas que su madre recortaba cuidadosamente y pegaba a la nevera, las láminas de sus obras de arte favoritas, los engranajes oxidados y todas las otras cosas curiosas que Ben había ido recolectando en sus paseos por el lago y por el pueblo, su colección de discos, la chimenea de piedra, el cuerno de alce que había encontrado en la carretera de Gunflint... y, por supuesto, los libros, que ya no cabían en las estanterías y se amontonaban por toda la casa.

Si sus tíos la vendían, pensaba Ben, ¿qué pasaría con todas sus cosas? ¿Y con las de su madre? ¿Quién viviría allí?

Tal vez pudiera guardarlo todo en la cabaña de los invitados. Cuando Ben era pequeño, jugaba allí con sus primos si no había nadie alojado. Imaginaban que era el castillo de una bruja o un barco pirata; aunque solo estaba a cien metros del lago, allí se sentían a kilómetros de los adultos.

A Ben le parecía que habían pasado milenios desde entonces.

Sus tíos habían dejado de discutir. El reloj del pasillo dio la medianoche. Incapaz de conciliar el sueño, Ben se estiró para alcanzar la linterna roja y la caja que tenía ocultas bajo la cama.

La caja, del mismo tamaño que su libro de matemáticas, era de madera brillante y suave. Su base estaba forrada de fieltro verde, y en la tapa tenía grabado un lobo. La había fabricado un artesano del pueblo y su madre se la había regalado a Ben el año anterior, en Navidad. Aquello era todo lo que Ben había traído consigo: la caja, la linterna y dos maletas de ropa.

Encendió la linterna, recogió los pantalones del suelo, sacó una llave del bolsillo, la encajó en la cerradura de latón de la caja y la abrió. Uno a uno, fue acariciando los objetos que guardaba en su interior.

La caja estaba organizada en compartimentos separados por tiras de cartón. Entre otras cosas, Ben guardaba allí varias ramas curiosas, su último diente de leche, una

ficha suelta de un juego (la había encontrado detrás del colegio mientras jugaba con su amigo Billy, quien siempre se burlaba de él por recoger cosas del suelo), un cráneo de pájaro y un fósil llamado estromatolito que había descubierto en una excursión a las colinas cercanas. En otra de las celdillas había dos piedrecitas grises y rugosas. Ben agarró una y la hizo rodar por la palma de la mano. Su madre le había contado que aquellas piedras, llamadas ejecta, tenían dos mil millones de años, al igual que el lago junto al que vivían, y que se habían formado por el impacto de un meteorito.

La idea del meteorito fascinaba a Ben, así que su madre le llevó a la biblioteca donde trabajaba y le enseñó varios libros sobre el espacio. Sentado a su lado en el enorme escritorio de color naranja, entre libros y papeles que formaban montones más altos que él, Ben encontró un dibujo de la Osa Mayor y la Osa Menor, con la estrella Polar en el extremo. El libro decía que a lo largo de los siglos, innumerables viajeros habían buscado esa estrella para orientarse cuando perdían el rumbo.

–Si te pierdes alguna vez –dijo su madre cuando Ben le enseñó el libro–, basta con que busques la estrella Polar y ella te mostrará el camino a casa.

Luego le sonrió y señaló un corcho que había al lado del escritorio.

A diferencia de la nevera de su casa, el corcho solo mostraba una cita:

–«Todos estamos en el fango» –leyó Ben en voz alta–, «pero algunos miramos a las estrellas».

Como su madre era la bibliotecaria del pueblo, Ben estaba acostumbrado a vivir rodeado de citas de libros, muchas de las cuales no acababa de comprender. Sin embargo, esta le impresionó de una forma extraña. Se quedó pensativo.

–¿Qué significa? –preguntó al fin.

Su madre sonrió y se encogió de hombros.

Ben estaba convencido de que lo sabía perfectamente, pero prefería que lo descubriera por sí mismo.

–¿Lo dijo un astrónomo?

Ella volvió a encogerse de hombros. Ben hubiera jurado que la respuesta se encontraba ahí mismo, justo tras los ojos de su madre, fuera de su alcance.

Durante la semana siguiente, Ben se leyó todos los libros sobre el espacio que le buscó su madre, y después la convenció de que le permitiera pintar de negro su habitación. En la tienda del pueblo compró un montón de estrellas que brillaban en la oscuridad y las pegó por las paredes y el techo. Colocó la Osa Mayor, la Osa Menor y la estrella Polar justo encima de su cama.

Su madre le sorprendió regalándole un viejo telescopio que compró con el dinero que guardaba para emergencias. Ben lo colocó junto a la ventana y todas las noches, antes

de acostarse, contemplaba el cielo con él. Un día que Billy fue a su casa, se quedó mirando las estrellas pegadas, el telescopio y los libros sobre el espacio y dijo:

–Ajá. Ya lo entiendo: eres un extraterrestre.

Ben se rio con Billy, pero a partir de entonces, cada vez que miraba por el telescopio pensaba lo mismo: «Soy un extraterrestre».

Guardó la piedrecilla gris en su compartimento y pensó en aquella cita y en lo que significaría para su madre. Luego la apartó de su mente y sacó el cráneo de pájaro que había encontrado mientras paseaba por la carretera de Gunflint. Pasó los dedos por la suave bóveda y rozó la punta afilada del pico. Su madre había insistido en que investigara de qué especie se trataba, y Ben había acabado por descubrir que era un ampelis. Para conseguirlo tuvo que leerse todos los libros sobre pájaros que había en la biblioteca, y ahora era capaz de identificar veintitrés especies solo por el esqueleto. En un libro de pájaros de Minnesota había encontrado una referencia al museo de Duluth y a su colección de esqueletos de aves.

–¿Podemos ir a verlo, mamá? Solo son cuatro horas de viaje.

Su madre se ajustó la coleta y dijo que se lo pensaría.

Cuanto más leía Ben sobre las colecciones del museo, más le apetecía visitarlo. Se lo estuvo pidiendo durante meses, hasta que un día ella le preguntó:

–¿Eso es lo que quieres de regalo de cumpleaños? ¿Una visita a Duluth?

–¡Sí! –exclamó Ben.

–No te emociones tanto... Ya veremos.

Ben suspiró y se frotó los ojos como si quisiera borrar aquel recuerdo. Guardó la calavera en la caja y pensó en todo el tiempo que había pasado con su madre en la biblioteca después de clase, leyendo libros de pájaros o del espacio y haciendo los deberes. Si hubiera estado con ella el día del accidente, si no se hubiera quedado enfermo en la cama... podría haberla ayudado; al menos habría visto la nieve y el hielo en la carretera, y le habría recordado que se pusiera el cinturón. Ben deseó ser capaz de retroceder en el tiempo.

Respiró hondo y cerró los ojos, pensando que ya nunca visitaría Duluth. Sus tíos no podían permitirse ir de viaje, y menos ahora que tenían que ocuparse de él. Aunque los quería, se sentía como un extraño en su casa. Pero ¿dónde iba a vivir si no? No tenía más familia: sus abuelos habían muerto cuando era muy pequeño, y no sabía nada de su padre. La única vez que le había preguntado a su madre por él, ella se había ajustado la coleta varias veces y luego la había deshecho. Mientras el pelo le caía suelto por los hombros, sus ojos se llenaron de lágrimas. Ben jamás la había visto llorar y se quedó espantado, así que no volvió

a preguntar. Justo después, ella puso su disco favorito y escogió una canción llamada *Space Oddity*, que hablaba de un astronauta llamado comandante Tom que se perdía en el espacio. Su madre la escuchaba una y otra vez: con los ojos cerrados, posaba la palma de la mano en el altavoz para sentir las vibraciones.

Aquella noche ya lejana, mientras miraba las estrellas que fosforescían en el techo, Ben imaginó que el comandante Tom era su padre y se preguntó qué aspecto tendría. ¿Sabría que tenía un hijo? ¿Regresaría algún día a la Tierra?

Ben abrió los ojos y contempló el círculo luminoso que dibujaba la linterna en la caja posada en su regazo. Desde la muerte de su madre había pensado mucho en el comandante Tom; le gustaba imaginar que su nave espacial aterrizaba detrás de la casa de sus tíos. Mientras toda su familia le miraba, Ben subía a bordo y desaparecía en el firmamento. Sabía que se trataba de una fantasía infantil, pero no era capaz de quitársela de la cabeza.

Alargó la mano hacia la caja y agarró una tortuga fabricada con conchas, suave y fría al tacto. Su madre se la había regalado al empezar tercero en el colegio, como una especie de broma entre los dos. Cuando Ben era pequeño, ella le llamaba Tortuguita porque era muy callado.

–¿Sabes qué, Tortuguita? –le dijo antes de salir de casa hacia el colegio–. De vez en cuando hay que sacar la cabeza de la concha... Habla, sé valiente –le pasó la mano por la mejilla, le acarició el mentón y le levantó la cara hasta que sus miradas se encontraron–. No te portes como una tortuga. Mira a los ojos de la gente sin miedo cuando te hablen, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –respondió él sosteniéndole la mirada.

–Mucho mejor.

Ben apretó la tortuga en la mano y dejó la caja y la linterna sobre la cama. Abrió la mosquitera y se asomó por la ventana; el aire húmedo parecía pegarse a su piel. Miró

en dirección a su casa, entre los árboles. Un mosquito zumbó junto a su oído bueno. Inclínó la cabeza hacia la derecha y escuchó las voces que salían de la emisora de Robby. Un camionero informaba de que se acercaba una tormenta. Ben contempló el cielo: estaba cada vez más encapotado, pero aún se veían estrellas entre las nubes.

Ben había creído a su madre cuando le dijo que nunca se perdería si encontraba la estrella Polar, pero ahora se daba cuenta de que no era cierto.

La cita misteriosa del corcho resonó en su memoria:

«Todos estamos en el fango, pero algunos miramos a las estrellas».

HOBOKEN, N

OCTUBRE

UEVA JERSEY

DE 1927





DE H

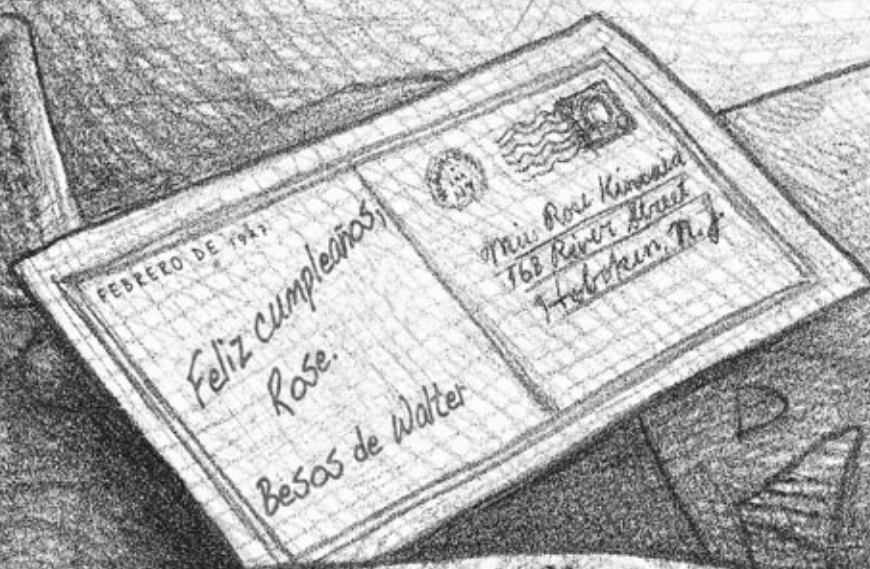


Lillian
Mayhew

hen we
ur eyes
agnif-

orget the first time she
biggest stars today.
tiful and talented





OCTOBER 1927 MOVIESTAR MAGAZINE



Mamma's
CASTORIA

Mother! The best
child's medicine
ever. When your
child is sick, give
him Mamma's
Castoria.

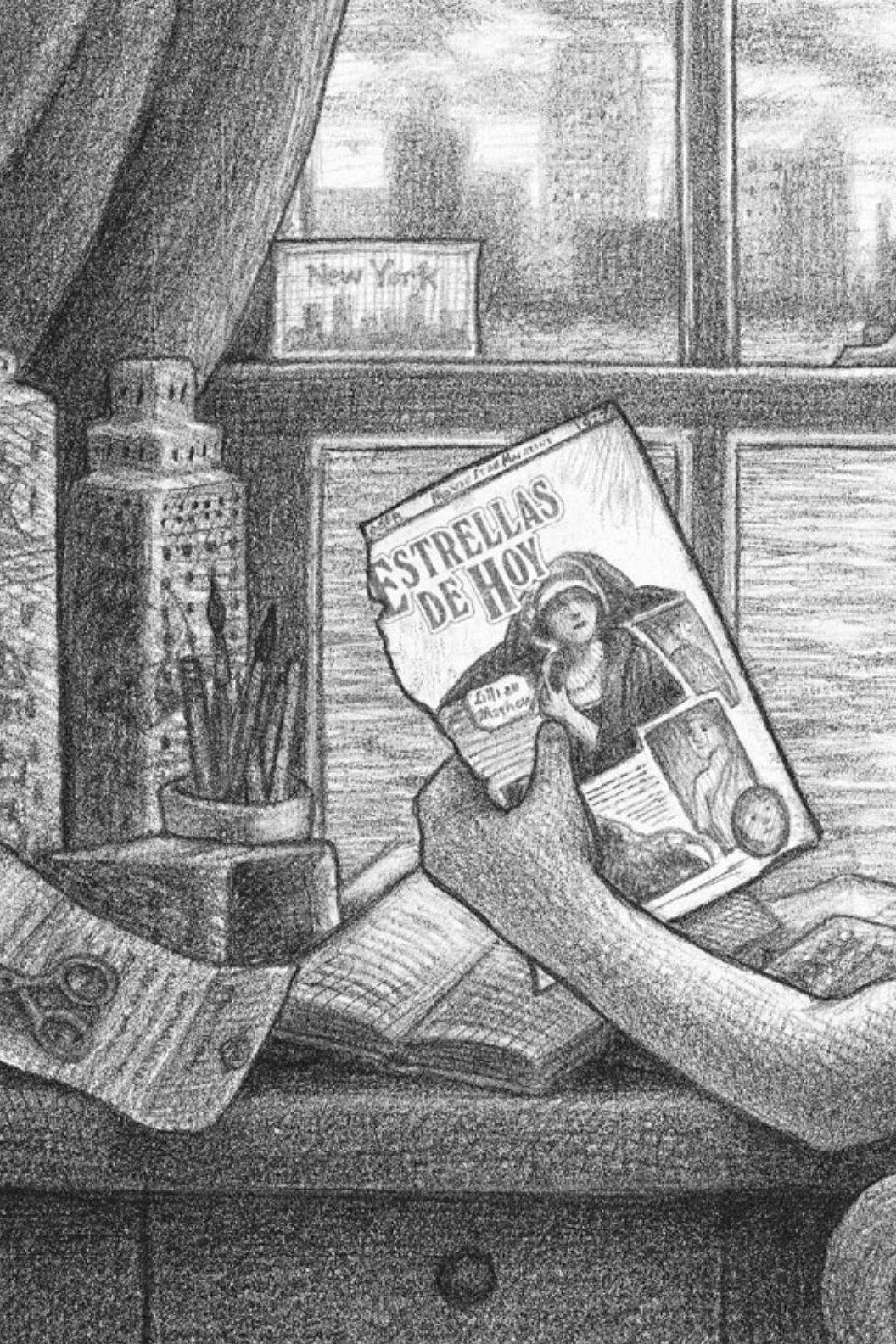
NOVEMBER
MOVIESTAR MAGAZINE

1927

ESTRELLAS DE HOY

Lillian
Mayhew





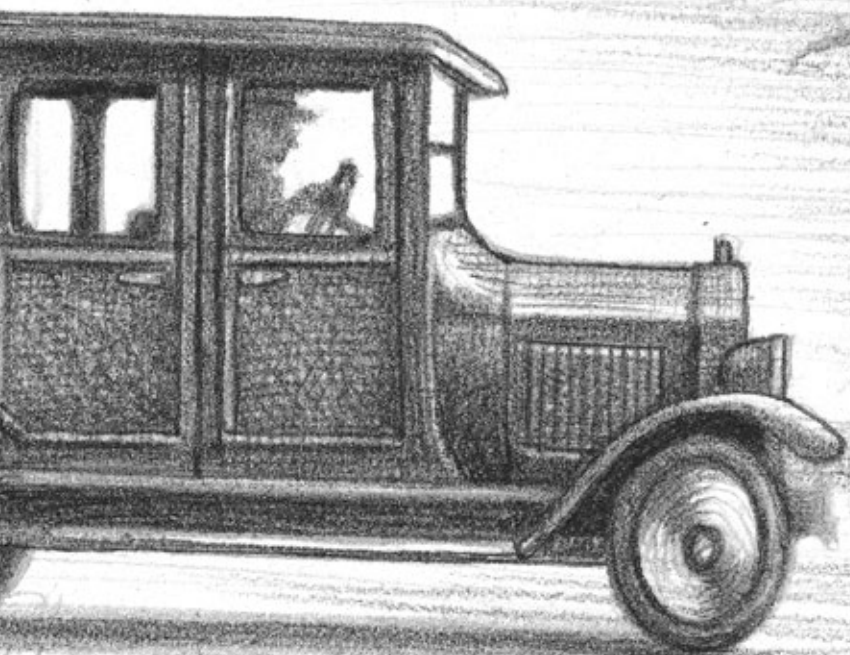










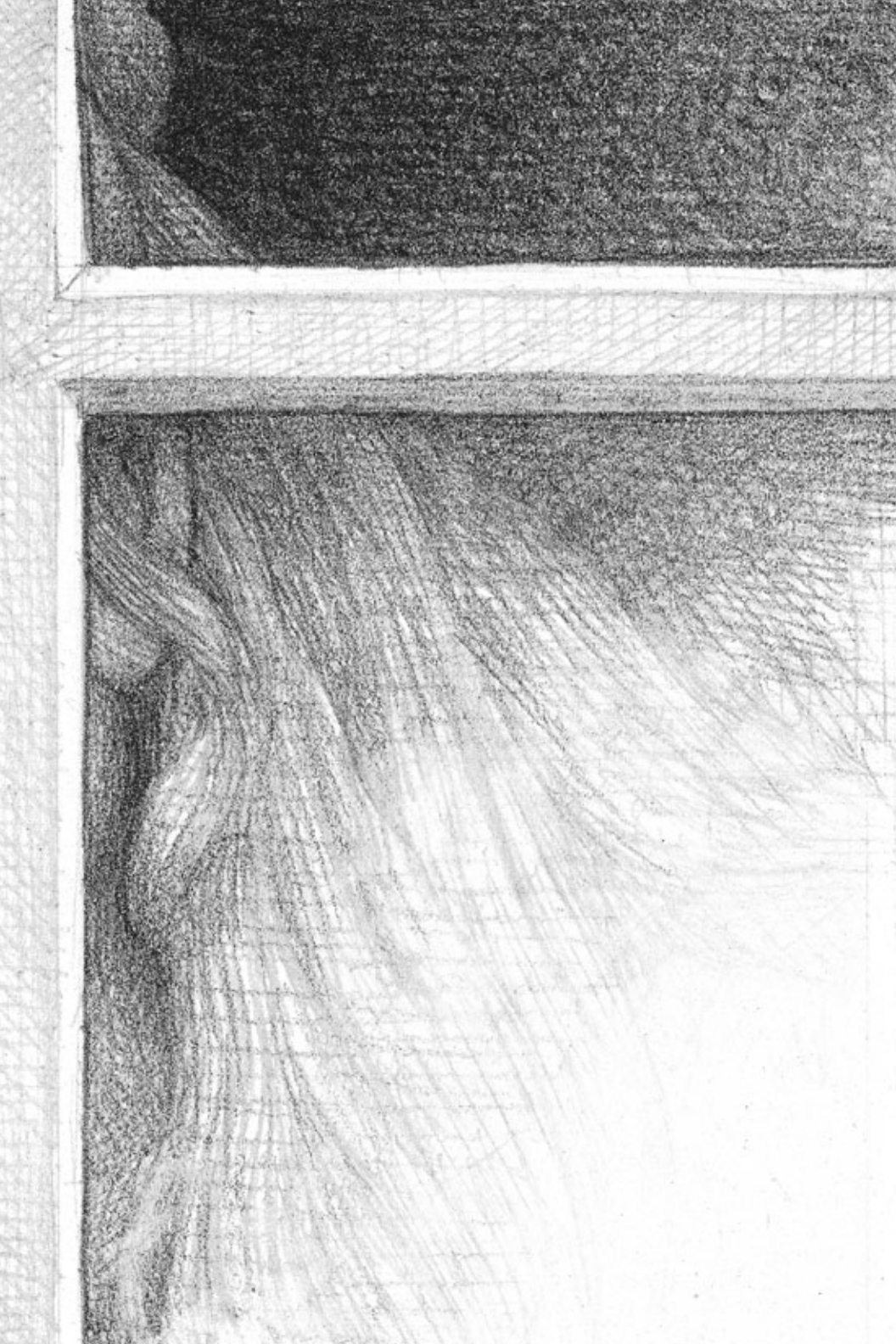
















SOCORRO

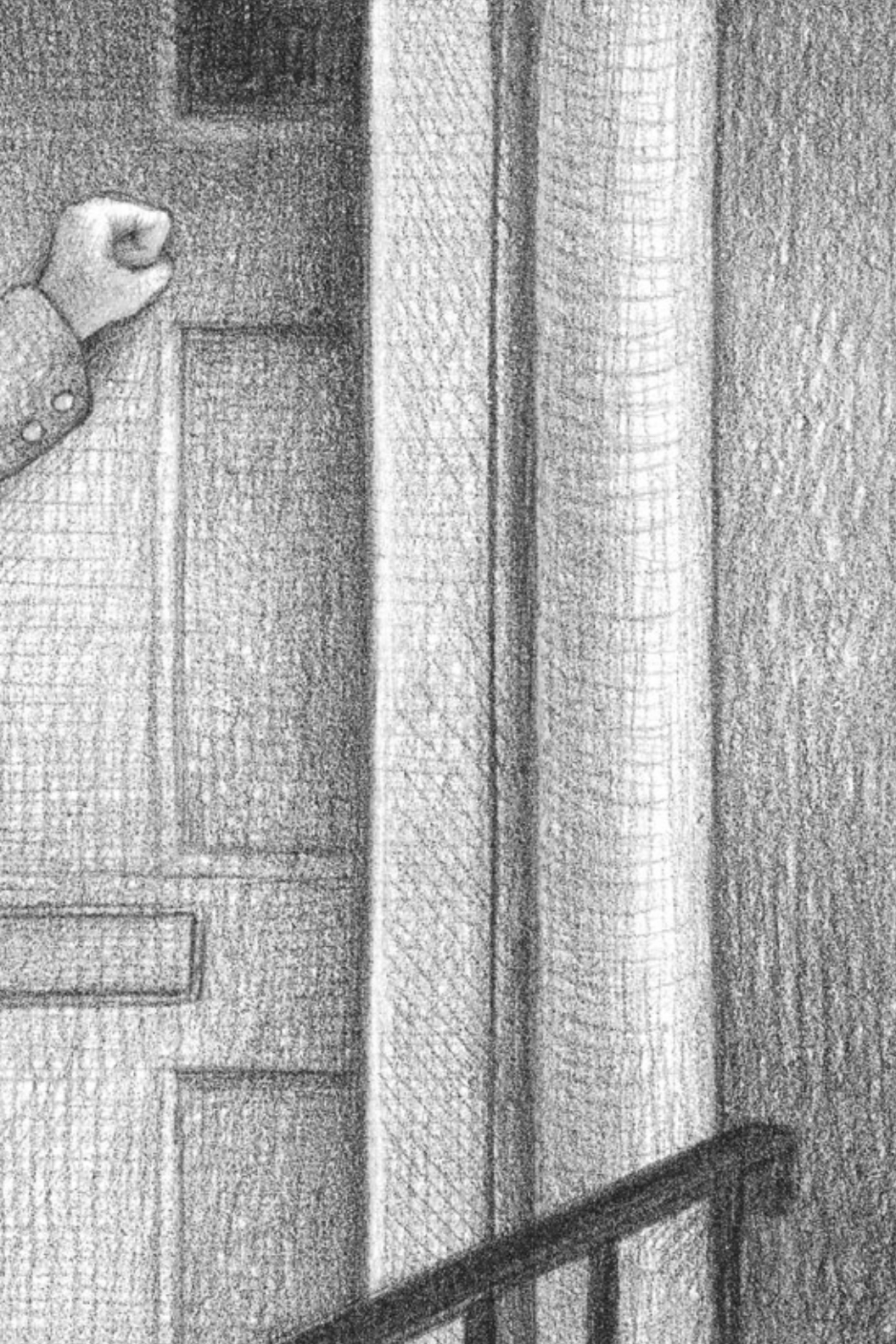
ESTRELLAS
DE HOY

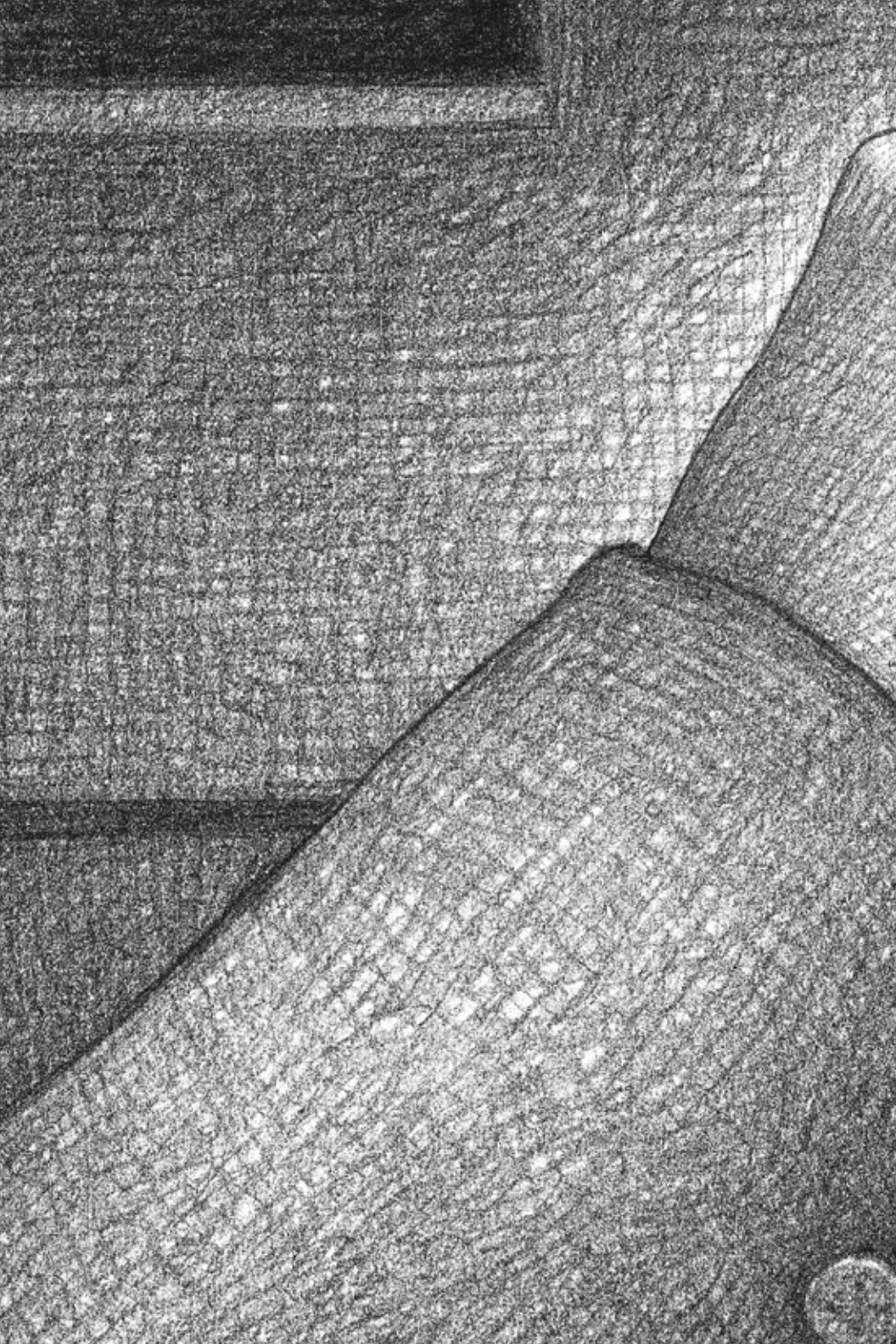
Lilian Mayhew

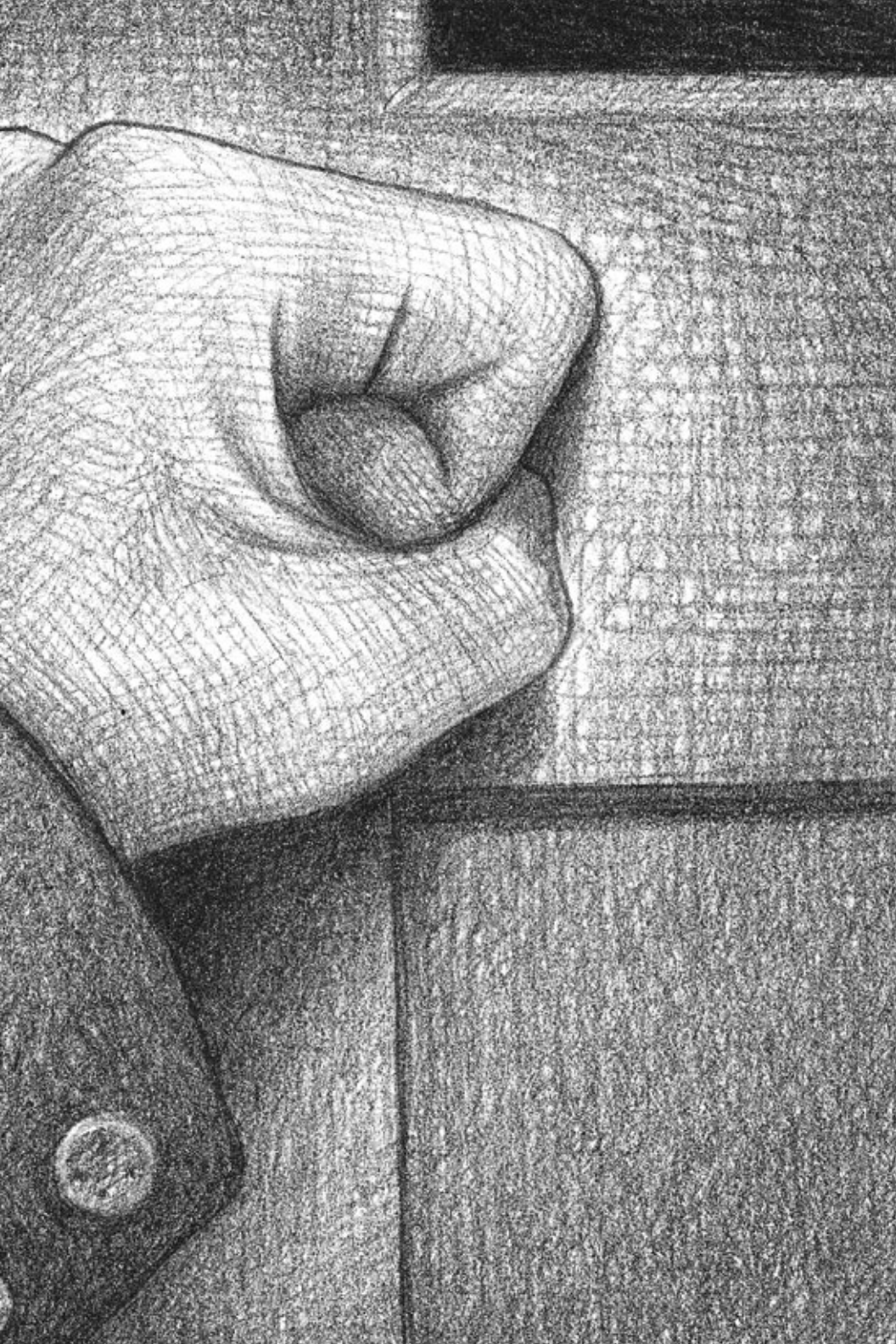












Ben estuvo asomado a la ventana hasta que el alféizar le dejó una marca roja en el pecho. Observó el avance de las nubes y recordó las veces que había visto la aurora boreal extenderse por la bóveda celeste. Cuando eso ocurría, los vecinos del lago llamaban a todos sus conocidos, fuera la hora que fuera, para que contemplaran el extraño resplandor que vibraba sobre sus cabezas. Ben y su madre habían salido de su casa más de una vez para verlo; aunque ella había dejado de fumar hacía dos veranos, Ben recordaba bien el olor de sus cigarrillos. Se la imaginó cruzada de brazos, expulsando el humo por la comisura. Si hacía tanto frío como para que se formara vaho al respirar, Ben cruzaba los brazos y soltaba el aliento igual que hacía ella con el humo. Su madre se reía, abría su chaqueta para envolver a Ben en ella y los dos contemplaban durante horas los hermosos colores del cielo.

De pronto, un destello interrumpió los recuerdos de Ben. Con los ojos muy abiertos, contempló una estrella

fugaz que ardía entre las nubes antes de desaparecer y pidió un deseo relacionado con su madre, aunque sabía que no se haría realidad.

No se había dado cuenta de la fuerza con la que apretaba la tortuga hasta que se le clavó en la piel. Estuvo a punto de soltar un grito, pero se contuvo: no quería volver a despertar a Robby.

Entonces observó algo muy extraño. A ochenta y tres pasos de distancia, en la silueta oscura de su casa, se había encendido una luz. Las cortinas de la habitación de su madre resplandecían con un color amarillo brillante.

Ben las miró con incredulidad.

Algo mareado, guardó la tortuga en la caja, echó la llave y la metió de nuevo bajo la cama. El corazón le latía con fuerza mientras se ponía una camiseta vieja y se enfundaba las zapatillas de deporte sin molestarse en atarles los cordones.

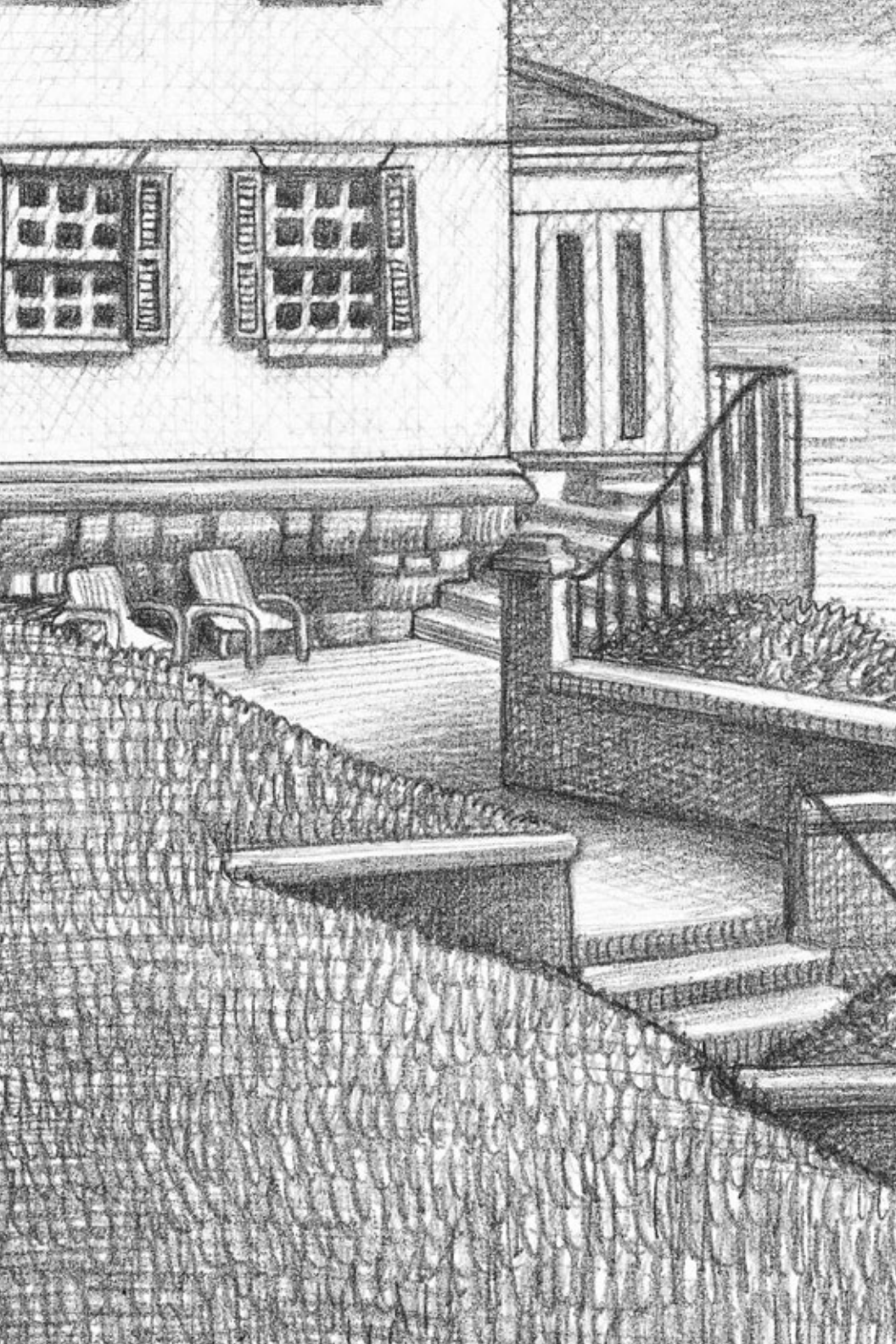
Agarró la linterna roja y salió sigilosamente de la casa de sus tíos.



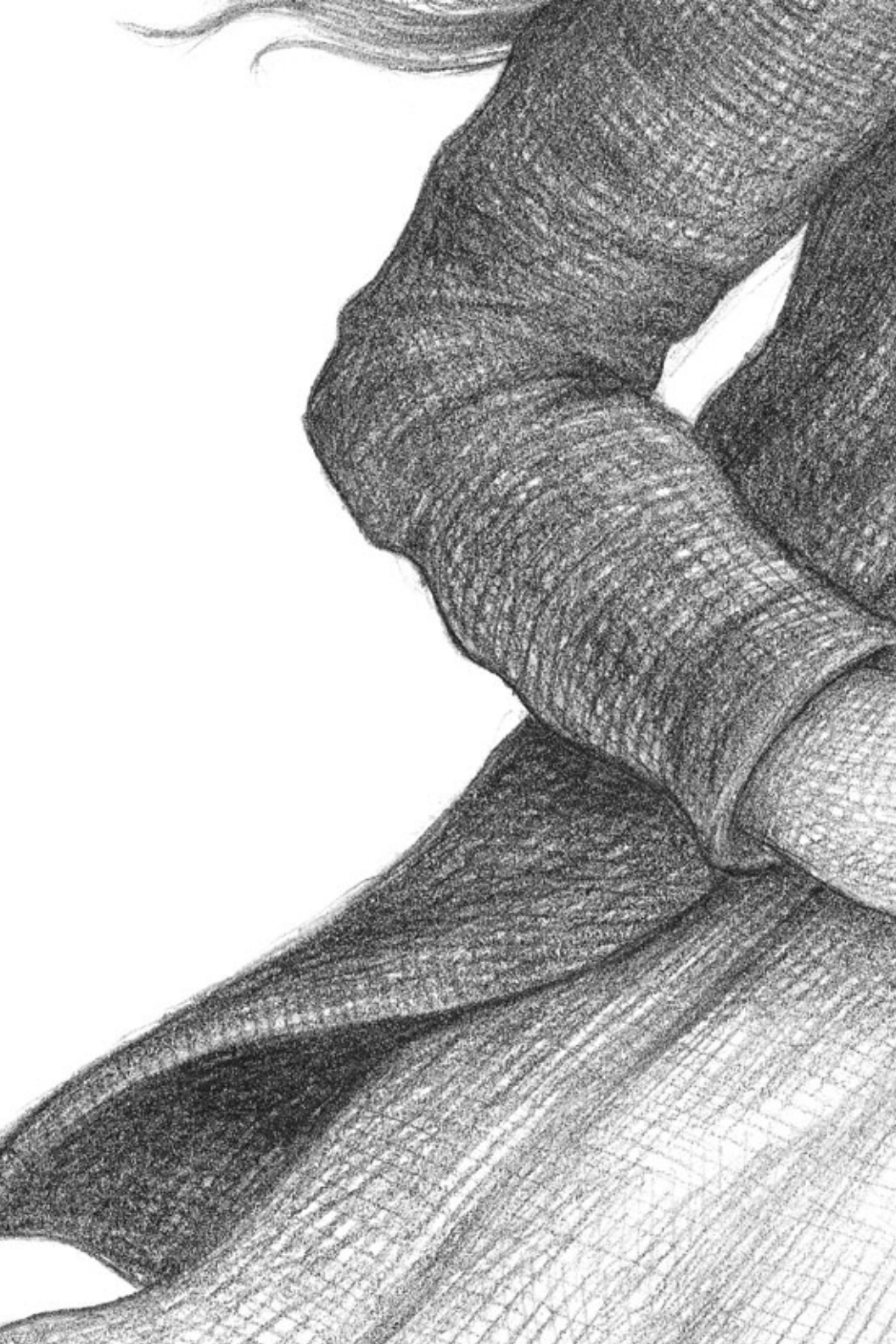






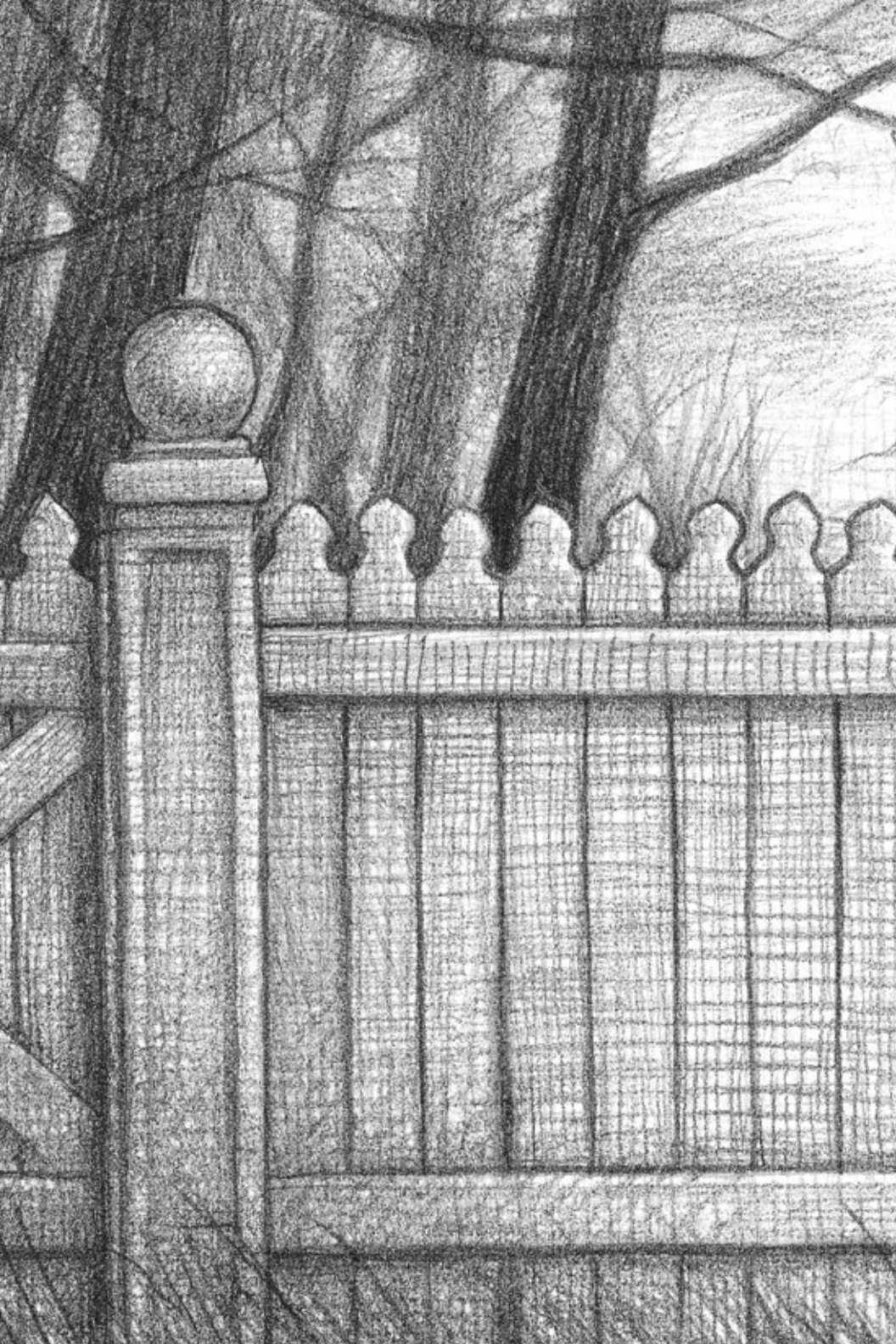








SCORRO





El agua del lago lamía el muelle y hacía entrechocar los barcos amarrados.

Ben oyó el extraño reclamo de un colimbo y observó el débil brillo que parecían emitir los guijarros de la orilla en la oscuridad. De noche, el bosque tenía un aspecto misterioso, y la linterna no arrojaba más que un tenue haz de luz.

Siguió avanzando hasta su casa bajo la bóveda de ramas negras, acercándose a la ventana iluminada que le llamaba como un ojo abierto en la oscuridad.

Su casa estaba siempre abierta, como todas las que rodeaban el lago. Ben entró sin hacer ruido por la puerta de la cocina y paseó el foco de la linterna por la habitación. Alguien había retirado las flores y la comida del día del funeral, pero el tarro de galletas con forma de búho sin cabeza continuaba en el estante, como siempre. El cajón desvencijado donde la madre de Ben guardaba los trastos estaba cerrado. La nevera seguía cubierta de citas. Aquello era como entrar en un museo de su antigua vida.

Una melodía resonaba débilmente a lo lejos. Ben giró la cabeza para escucharla y un escalofrío le recorrió la espalda.

*This is Major Tom to ground control;
I'm stepping thro' the door,
And I'm floating in a most peculiar way.*

*And the stars look very different today
For here am I sitting in a tin can far above
the world. [...]**

Ben oyó un ruido de pasos y giró el oído bueno para distinguirlo mejor. Parecía venir de la habitación de su madre.

Aunque no creía en fantasmas, cuando era pequeño su madre le había leído algunos cuentos que le habían quitado el sueño. Avanzó de puntillas por el corredor hacia la habitación de su madre. La sangre le latía en las sienes. Notó un débil olor a humo de tabaco que se fue haciendo más fuerte según se acercaba.

Se detuvo en el pasillo, mareado de terror. «No te portes como una tortuga».

Dio dos o tres pasos hasta quedar justo delante de la puerta. Apagó la linterna y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

La puerta estaba entreabierta, y por la rendija se distinguía una lámina de Van Gogh: un enorme árbol negro bajo un cielo nocturno lleno de estrellas arremolinadas. Una sombra se desplazó por la habitación.

Ben recordó la estrella fugaz y el deseo imposible que había pedido. Con las manos temblorosas, abrió la puerta.

* Comandante Tom a control de Tierra; / estoy saliendo por la puerta / y floto de una forma muy extraña. / Las estrellas hoy parecen diferentes / porque me encuentro en un trasto de hojalata muy lejos del mundo. [...]







